

Pasión por leer

VIERNES 16
DE MARZO
DE 2007

LECTURAS PARA COMPARTIR



Graciela Bialet (Escritora argentina)

"La lectura en general y la literatura en especial, nos permite reencontrarnos con lo no dicho para afuera, con lo que jamás de los jamases nadie sentirá como nosotros; nos permite ser únicos, originales y exclusivos en un mundo que obstinadamente nos quiere masificar."



H 0022651

Campana Nacional de Lectura



No 3-2007

LA MÁQUINA DE DAR BESITOS

MEMPO GIARDINELLI

Había una vez un hombre que había inventado una máquina de dar besitos.

Como cualquiera se da cuenta, su soledad, tristeza y desesperación eran enormes.

Era un ingeniero que todas las noches y durante los fines de semana se instalaba en un taller que tenía en el fondo de su casa y poco a poco la perfeccionaba.

La máquina era una caja metálica, rectangular, pintada de color rosa y era más bien gordita: medía casi un metro y medio de alto por sesenta centímetros de ancho, y otros tantos de profundidad. Parecía una enorme caja de zapatos colocada de pie, y en el frente tenía dos labios de goma extensibles que se movían a voluntad del operador, quien debía maniobrar un pequeño tablero de comando.

A un costado había un micrófono en el que se debían decir las palabras clave para que la máquina respondiera. Porque la máquina no estaba hecha para dar besitos porque sí, a cualquiera, sino solamente a quien supiera pedirselos.

Cuando hizo las primeras pruebas, todo resultó satisfactorio. La máquina daba besos de tres clases: en primer lugar besitos mecánicos o de circunstancia, como los que se intercambian entre amigos, los cuales devolvía luego de que se le dijeran frases como "Hola amiga mía" o "Qué gusto volver a verte". Después estaban los besitos dulces, que la máquina daba con gusto a miel, a menta, a licor de mandarinas o de peras, según la temporada y después de que se le dijeran frases tales como "Hola, mi corazón", "Déle un beso a su papito" u otras por el estilo. Estos eran besos plurifuncionales, pues tanto podían ser aplicables a los afectos familiares como a cumpleaños, santos y aniversarios en general. Y por último, la máquina daba besos de amor. Que eran, sin dudas, los más difíciles de conseguir.

Para mucha gente los besos de amor siempre son un problema, pero para la máquina que inventó este hombre mucho más, porque no había manera de que los diera si no se le decían palabras muy amorosas, en frases debidamente organizadas y pronunciadas con determinado énfasis, inflexiones peculiares o susurros llenos de intención.

A veces hasta era capaz de exigir quejidos gatunos o sonidos especiales, de manera que el problema no era sólo decir las palabras adecuadas, sino además saber pronunciarlas. Y si no contenían sinceridad, cierta suave pasión o verdadera ternura, la máquina no respondía y permanecía expectante, silenciosa y muda como ciertas personas cuando están enojadas.

Cuando se hundía en esos silencios obstinados, el ingeniero no encontraba modo de hacerla funcionar, dijera lo que dijese. Podía jurarle, por ejemplo, "eres lo más importante de mi vida", "no podría vivir sin tí", "mi corazón te pertenece", e incluso "te amaré toda la vida", pero ella se mantenía inmutable.

Muy pronto la máquina, que al principio respondía con cierta presteza, se diría que con naturalidad, empezó a ponerse exigente. Quería que se le dijeran frases siempre renovadas, originales y de fórmulas cada vez más complejas. Decididamente no le gustaba que se le repitieran las

mismas palabras más que un par de veces. Lo cual forzaba al ingeniero a buscar giros verbales desconocidos, frases rarísimas y muy retorcidas, las que además debía pronunciar con entonaciones más y más variadas.

Por ejemplo: "Me vuelvo loco por tus besos y me arrancaré el corazón si no me das uno en este mismo momento en que me estoy muriendo de amor", oración que evidentemente perdía a la máquina durante un par de días en los que parecía contenta, entusiasmada, profería extraños ruiditos y hasta era capaz de dar dos besos seguidos, el segundo más largo y apasionado que el primero.

El hombre, todas las noches, iba a ver a la máquina de dar besitos, le ajustaba algo, le lustraba la parte superior como si frotara la lámpara de Aladino, le acariciaba amorosamente el borde de los labios de goma, y luego le murmuraba las frases correspondientes para recibir distintas clases de besos y besitos según la necesidad espiritual que en ese momento tuviera. Pero, inexorablemente, cuando le pedía besos de amor la máquina se empacaba y si él no pronunciaba alguna frase novedosa, distinta, ella permanecía quieta y muda como lo que era: una máquina.

Algunas noches parecía pretender que el hombre hiciera monerías, o que subrayara con precisión palabras definitivas como "siempre" o "nunca", que son adverbios complicados, decía él, porque no se pueden decir así nomás porque después uno queda enganchado.

Lo cierto es que si él no era capaz de atinar no solamente con las palabras que ella deseaba sino también con el modo apropiado de decirlas, invariablemente se quedaba sin besitos.

Esto hizo que la limitada imaginación del ingeniero pronto se agotara, por lo que debió recurrir a un diccionario para encontrar palabras más complejas, sinónimos rebuscadísimos y hasta arcaísmos a los cuales aún debía agregarles tonos y medidas, ritmos y jadeos, y hasta ensayadas convicciones, incluso, porque la convicción, decía, es muy importante cuando se trata de pronunciar palabras y más todavía si hay que decírselas a una máquina que es mujer.

Así le salían frases melodramáticas, ridículas, y hasta violentas. Por ejemplo: "Te juro por mi madre que te destruiría toda si no fuera que después mi vida sin tí perdería sentido, y como estoy solo en el mundo y eres todo lo que tengo, y toda mi existencia son tus besos, te ruego y te imploro que me des por lo menos uno, porque tus besos son el aire que respiro, son para mí como el agua para el pez y sin ellos no puedo vivir..."

Entonces sí, claro, la máquina le daba un beso, pero eso no arreglaba nada porque a la segunda vez que el tipo repetía esa frase no recibía respuesta, o apenas un besito desapasionado; y a la tercera, como es obvio, ella se plantaba con la misma terquedad de los coches cuando les falla una bujía.

Así fue la cosa hasta que una noche, exactamente una noche de primavera, el hombre no encontró la manera de obtener de ella ni un solo beso de amor. De los otros sí, pero de amor, nada de nada.

Aquella noche, luego de varias horas de sucesivos intentos, cansado y confuso, enturbiada su razón y profiriendo toda clase de incoherencias, el ingeniero se quedó frente a ella mirándola con odio y desconcierto. Ganado por la rabia que sentía, y que trataba de disimular, se puso a hojear frenéticamente una pila de diccionarios que para entonces había comprado, en busca de alguna palabra que aún no hubiera pronunciado. Pero no encontró ninguna nueva, no hubo caso: ya no sabía qué decir, qué inventar, y la máquina parecía haberse muerto, al menos en materia de besitos de amor.

Entonces el hombre, desesperado, se largó a llorar como un niño pero ni eso ablandó el corazón (es un decir) de la empecinada máquina.

Vencido y desconsolado, se fue a dormir. Pero a la mañana siguiente, empeñoso y tenaz, se puso a escribir palabras nuevas, estrafalarias, en un idioma que inventaba él y al que subrayaba con interjecciones rarísimas, poniéndole un énfasis especial a cada formulación. Se pasó un montón de horas haciendo cambios, ensayando tonos y modulaciones. Y esa misma noche, delante de la máquina, concentrado como un monaguillo novato ante el altar, repitió todas esas nuevas, larguísimas oraciones.

Pero ella nada. Y lo mismo pasó la noche siguiente, y todas las otras noches.

Al final, las oraciones que componía el pobre ingeniero carecían de toda lógica, pero de todos modos él las vocalizaba, tercamente, aunque ya era obvio que dijera lo que dijese nada tendría la menor eficacia. La máquina se había retraído definitivamente, y en todo caso parecía esperar, o exigir, incrédula, desconfiada, algo que ese hombre ya no podía decir, una oración que él era incapaz de organizar.

De todos modos él hablaba y hablaba, todas las noches, con los diccionarios al lado, pronunciando largos discursos, peroratas incongruentes que acababan siendo verdaderas lamentaciones incomprensibles.

No alcanzó a saber que ya no había palabras que convencieran a la máquina para darle un beso, porque al final, lógicamente, enloqueció.

Dicen que lo encontraron desvariando, víctima de una extraña verborrea que no era otra cosa que la conjugación completa de un verbo rarísimo.

Cuando la noticia circuló por el pueblo, mucha gente se rió, pero eso no sorprendió a nadie porque ya se sabe que la gente es cruel a la hora de burlarse de la desdicha ajena. Nadie se apiadó del ingeniero, ni fueron a verlo al tallercito en el que profería palabras inconcebibles a toda hora frente a la fría máquina muda y donde empezó a morir lentamente, acaso ahogado en su propia incontinencia verbal.

Alguien recordó que el ingeniero tenía una hija que vivía en el Sur, y otro alguien la llamó, piadoso, para avisarle que su padre estaba a punto de morir, empobrecido y sin amigos.

Cuando la muchacha llegó, y desoyendo el sinfín de advertencias que le hicieron los vecinos, simplemente atravesó el portón, se acercó a su padre y, tiernamente, le dio un beso.

Al ingeniero lo enterraron al día siguiente. Dicen que, en el cajón, tenía una expresión serena como la del río Paraná horas después de una tormenta.

Lo que nadie supo explicar jamás, en todo el pueblo, fue el destino de esa máquina de fierro rosado que parecía una enorme, rarísima caja de zapatos. Alguien dijo que al cabo de un tiempo la tiraron a la basura. Como siempre pasa con las cosas inservibles.

© Mempo Giardinelli

LA COSA

LUISA VALENZUELA

Él, que pasaremos a llamar el sujeto, y quien estas líneas escribe (perteneciente al sexo femenino) que como es natural llamaremos objeto, se encontraron una noche cualquiera y así empezó la cosa. Por un lado porque la noche es ideal para comienzos y por otro porque la cosa siempre flota en el aire y basta que dos miradas se crucen para que el puente sea tendido y los abismos franqueados.

Había un mundo de gente pero ella descubrió esos ojos azules que quizá -con un poco de suerte- se detenían en ella. Ojos radiantes, ojos como alfileres que la clavaron contra la pared y la hicieron objeto -objeto de palabras abusivas, objeto del comentario crítico de los otros que notaron la velocidad con la que aceptó al desconocido-. Fue ella un objeto que no objetó nada, hay que reconocerlo, hasta el punto que pocas horas más tarde estaba en la horizontal permitiendo que la metáfora se hiciera carne en ella. Carne dentro de su carne, lo de siempre.

La cosa empezó a funcionar con el movimiento de vaivén del sujeto que era de lo más proclive. El objeto asumió de inmediato -casi instantáneamente- la inobjetable actitud mal llamada pasiva que resulta ser de lo más activa, recibiente. Deslizamiento de sujeto y objeto en el mismo sentido, confundidos si se nos permite la paradoja.

© Luisa Valenzuela
En **POR FAVOR, SEA BREVE**

ÉL NUNCA CORRESPONDIDO AMOR DE LOS FUERTES POR LOS DÉBILES

MARCO DENEVI

Hasta el fin de sus días Perseo vivió en la creencia de que era un héroe porque había matado a la Gorgona, a aquella mujer terrible cuya mirada, si se cruzaba con la con la de un mortal, convertía a éste en una estatua de piedra. Pobre tonto. Lo que ocurrió fue que Medusa, en cuanto lo vio de lejos, se enamoró de él. Nunca le había sucedido antes. Todos los que, atraídos por su belleza, se habían acercado y la habían mirado en los ojos, quedaron petrificados. Pero ahora Medusa, enamorada a su vez, decidió salvar a Perseo de la petrificación. Lo quería vivo, ardiente y frágil, aun al precio de no poder mirarlo. Bajó, pues, los párpados. Funesto error el de esta Gorgona de ojos cerrados. Perseo se aproximará y le cortará la cabeza.

© Denevi, Marco,
En **FALSIFICACIONES**,
Buenos Aires, Corregidor, 1999.

Infantiles



Para ser leído en voz alta

Uh, qué lino de Luis María Pescetti



- ¿Mo me quelé?
- Chi.
- A mer... ¿cuánto?
- Muto.
- ¿"Muto" o "muto muto"?
- Mutísimo... ¡Achí!
- Uh, que lino.
- ¿Y mó? ¿Me quelé?
- ¡Uh! Maquel chol.
- ¿El chol nomá?
- El chol, la luna, lasteyas, la tiela... toro.
- Toro, toro, toro. Achí, má que toro nel nivercho.
- Uh, qué lino... Amél, namun mechito.
- Tomá... muá.
- Oto.
- Muuá.
- Oto.
- Muuuuá.
- No, oto y oto y oto.
- Muá, muá, muá. ¡Milá que te como, ¿eh?!
- Uh, qué meio, ¿cherio?
- ¡Chil!
- ¿Y polqué meván comé?
- Polque choi... ¡un león!
- ¡Uh, qué meio, chenor león! ¡Nome coma!
- ¡Chil! ¡La como! ¡Aaah!
- ¡No! ¡Qué meio!
- No, no tena meio, era mabloma.
- Ya ché, cho tamén era mabloma.
- ¿Tonche? ¿Te como?
- ¡Y chil!
- Am aam, ñam, ñam, qué lico, aam, ñam.
- Chatá. Te comí.
- ¡Uh, qué lino!
- ¿Y hora me quelés?
- Chi, muto, aquíntu pancha.
- ¿Cuánto?
- Parichempre.
- ¡Uh, qué lino! Cho tamén.
- ¿Mamo pachear nela mano?
- Cho te chevo.
- No, achí cunto nelamano, men cherquita.
- ¿Cómo cherquita?
- Chote poyo lacabecha aquí nelhombro, y mamo nela mano. Cuntito.
- Uh, qué lino, mamo. Chí, mamo. No, pelá queme peinun poco.
- ¿Palaqué tepeinás?

-Palachel la pelchona malina nel muno. Pala voch.

-Vochasós la pelsona má lina, ¿nontendé? Cho... cho... chote quello achí como chos. Note vachá peiná. Mamo achí, con la cabecha alo pelo loco.

-Mamo, mamól.

-Mamo, cocha monita.



En Nadie te creería
© 2004, Editorial Alfaguara



Hechizos de Cecilia Pisos

Hechizo para los enemigos
Ajo ardiente,
escarabajo,
jalea de musgo helado,
tres agujeros de pena,
dos pellizcos y un pinchazo:
con esta receta sale
jarabe para los malos.

Hechizo movedizo
En un bonete se ponen
tres pulgas,
dos saltamontes,
un sapo,
un canguro,
un mono
y se mezclan
con la mano
todos los saltos
de todos.

Quando salen mil burbujas
está listo este brebaje,
que se toma despacito
o se vuelca sobre el traje.

Hechizo para mentirosos
Adentro de una nuez,
donde una araña hizo pis,
se mezcla un poco de viento
con patas de una lombriz.

La lombriz no tiene patas
y la araña no hace pis
y en la nuez no cabe nada,
ni un vientito: te mentí.

En Las brujas sueltas,
© 2004, Editorial Sudamericana

Ilustraciones Paula de la Cruz * Compiladora: Margarita Eggers Lan